

Presentación

La ética ha saltado al primer plano de las preocupaciones filosóficas. Es una consecuencia de la situación histórica de crisis que nos ha tocado en suerte. No se trata de problemas abstractos. Hay desacuerdo sobre cómo actuar ante desafíos bien concretos: tecnología genética, aborto, eutanasia, suicidio, consumo y venta de drogas, etc.

Desacuerdo explicable porque la diversidad de concepciones filosóficas que hoy pueblan nuestro mundo repercuten en la manera de entender el fundamento, la naturaleza y el contenido de la ética. ¿Cómo orientar nuestra vida en el laberinto teórico y práctico de nuestra sociedad pluralista? ¿Se pueden enseñar valores morales? ¿Cómo discernir lo bueno de lo malo, lo mejor de lo peor? ¿Hay algún criterio objetivo? ¿Es lo mismo matar a un hombre que a una paloma? ¿Cómo enseñar a utilizar bien la propia libertad? ¿Cabe una vida humana digna «más allá del bien y del mal»? ¿Podemos aprender ética lo mismo que lógica simbólica o matemáticas? ¿Es posible educar en una ética sin contenidos? ¿Es compatible una ética universal con una sociedad democrática y pluralista? Nos encontramos con la incertidumbre sobre la naturaleza de lo bueno y de lo malo.

La educación moral parece, por tanto, un objetivo incierto e inalcanzable. ¿En qué moral educamos? Sin embargo, muchas teorías, métodos, modelos y tendencias en educación moral compiten por presentarse como los más importantes o convenientes a la hora de tratar los problemas de la sociedad actual.

En este número de *Diálogo Filosófico* dirigimos nuestra atención hacia un tema que preocupa actualmente a educadores y políticos: la **formación moral**. María Rosa Buxarrais, Félix García Moriyón, Agustín Domingo Moratalla y Adela Cortina nos introducen al tema desde distintas perspectivas. Podemos no estar de acuerdo con ellos. Pero sus exposiciones o propuestas ayudan a reflexionar sobre el mejor modelo de educación moral para nuestro tiempo.

Por mi parte no comprendo cómo se puede hablar de valores éticos sin creer, al menos, en el hombre y en la verdad. Todo sería pura convención o hablar por hablar.

Desde esa fe, en cambio, pienso que es posible un modelo de educación moral que no conduzca a la decepción y al desconcierto, a la desorientación sobre los caminos de la felicidad, de la perfección humana... Consistiría en ayudar a lograr la identidad de la persona concreta, recomponiendo la unidad de su mundo, sus horizontes de valoración y su ímpetu para el compromiso. Pues una cosa es conocer el bien y otra practicarlo. El intelectualismo ético de Sócrates no funciona. En la formación moral es importante clarificar la inteligencia y mover el «corazón».

Dentro de nuestra tradición occidental, en apertura a otras tradiciones culturales, concibo toda educación ética como una preparación para abandonarse sin condiciones al ideal de una donación gratuita a los otros y al Otro.

Ildefonso Murillo